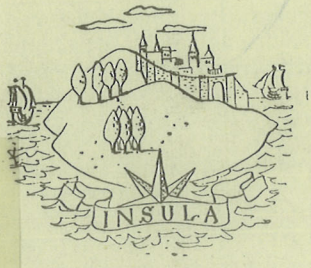
CONCHA ZARDOYA

LA CASA deshabitada



INSULA - MADRID

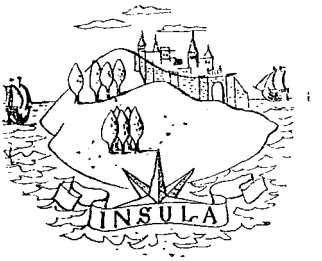
A los que son o están solos dedica Concha Zardoya esta última colección de poesías. En ellas hace nuestra su propia soledad, trascendida de esa casa vacía que inspira gran parte del libro y que cierra y consuela con «las otras soledades» que pueblan el mundo y en las que su soledad de amor se diluye y transfigura.

Completan el libro *El corazón entredorado* y *Tres sonetos de amor y pena*, poemas que forman unidad con el conjunto, por latir en ellos la misma tierna intimidad: una poesía llena de sinceridades y delicadeza expresiva.

LA CASA DESHABITADA

CONCHA ZARDOYA

LA CASA deshabitada



INSULA - MADRID

Depósito legal: M-3.963-1959.

Copyright, 1959 by CONCHA ZARDOYA ©

S. Aguirre Torre, impresor. - General Alvarez de Castro, 38. - Madrid.

Para los que son o están solos...

LA CASA DESHABITADA

LA CASA DESHABITADA

LAS líneas de los techos,
las líneas de los suelos,
son marco del vacío
que reina en vida y sueño.
Los verdes y los blancos
maduran en su cielo
y penden, abrumados:
nostalgian esos lejos
que van contigo solos,
que van contigo lentos.
Devano yo en las sombras
madejas de recuerdos,
palabras dulces, blancas,
que no han perdido el eco.

Los retratos me salvan
las miradas que han muerto
y las suaves sonrisas
que ha anegado el silencio.
Las ventanas escapan
hacia ti, por el viento.
Cuando llega la noche,
disuélvense en lo negro
las formas que se inscriben
en engañoso reino.
El corazón naufraga
en el pozo del tiempo:
deshabitados días,
en él, se ahogan, yertos.

INVISIBLES, TUS PASOS

INVISIBLES, tus pasos
ponen música al aire.
El más íntimo cielo
de la casa se abre
al rumor que descubres
entre ramas y aves.
Lo callado revela
dulce voz, ansiedades,
honda queja de estar,
estando aquí sin nadie.
Melodiosos, los sones
pueblan de luz el aire.
Y, al sonar, la amargura
se entredora en la tarde.

DOLOROSO, EL DOMINGO

DOLOROSO, el domingo
deslíe su tristeza,
su gris melancolía
por el alma que sueña.
En la casa vacía
te yergues, sin presencia:
ex-habitas y ex-vives
horas, luces internas.
Vas y vienes, sin cuerpo,
por un aire de ausencia.
¿Las ventanas? Cerradas.
Hacia dentro, revelan
un paisaje sin cielo,
la callada tormenta

de la tarde que lucha
con la sombra y la pena.
Doloroso, el domingo
con espinas me cerca
la soledad, los ojos
y el corazón, sin tregua.

U N T R A S A I R E D E T I

UN trasaire de ti
divaga, dulce, en torno.
Se prende a mi costado
y llora silencioso.
Soy pena de tu pena.
Y tú la mía. Sólo
quisiera asir el aire,
trasaire tuyo, en torno.

TE HAS SENTADO EN LA SOMBRA

TE has sentado en la sombra
de la ausencia. Sin verte,
yo sé que estás mirando
lo que sueño. Sin verte,
yo sé que tus dos ojos
siguen el trazo leve
de mis penas y llantos.
Estás aquí, silente,
mitad luz, mitad sombra,
más real que mi frente.
Sin decir que me amas.
Donde siempre. Sin verte.

LAS GENTES LLEGAN, SORDAS

LAS gentes llegan, sordas,
y no oyen el silencio,
la delicada fronda
que aquí susurra lejos.
Otras palabras traen:
acusaciones, gestos
que increpan y condenan,
les brotan de los pechos.
Callar no saben, puras.
Lejano, tu silencio
se evade presuroso.
Alondra, su recuerdo
—dorado en la distancia—
remonta hondos cielos.

E L P A N

EL pan, aquí, en la mesa,
redondo perfumado.
He de comerlo sola...
(La ausencia tuya, al lado.)
Abierto, sus dos lunas
mi pecho remontando
irán hasta que crucen
el aire del milagro:
alumbrarán tu noche,
tu cielo negro, amargo.
El pan, huyendo, puro,
navega traspasado
por luz de amor y muerte,
por llanto solitario.
La mesa está vacía.
El alma azul, soñando.

HERIDA POR LA LUZ

HERIDA por la luz
de la clara mañana,
te ofreces a los cielos,
volando, tú, ventana.

El huidizo rostro
que ayer te contemplaba,
bajo otras luces vive
y bebe de otras aguas.

Su brillo blanco buscas,
la curva que traspasa
de dulzura el espejo,
temerosa, lejana.

Ruiseñores, contigo,
alzan vuelos a ramas
en donde muere el día,
en donde nace el alba.

Herida por la luz,
no estás en la ventana,
y estás, si te convocan
mi sueño y mi nostalgia.

A VECES, VIENE EL MIEDO

A veces, viene el miedo...
Con pie descalzo llega.
Con guante de aire toca
los bordes de las telas,
el hueco de mis ansias,
el filo de mi pena,
los dentros de mi sueño...
El corazón se entrega
a la creciente sombra,
casi cruel, casi tierna.
El alma, deslumbrada
o llorosa, se cierra:
sepúltase en su frío,
en esas llamas tercas

que toda luz consumen.
Los ojos se desvelan,
se agrandan y se fijan
en una patria yerta:
siniestro cielo pende,
desconocido. Tiembla
un sollozo de niña
y en el pecho se quiebra.
Enguantada, la mano
del miedo oscuro, lenta,
divaga por los ángulos
de la pared incierta:
en éxtasis, en pasmo,
a muerte me condena.

HURAÑO, GRIS, EL TIEMPO

HURAÑO, gris, el *tiempo*
no cierne su ceniza:
la deja aquí, apagada,
yacente sombra fría
de aquellos gozos puros,
de aquella clara dicha.
La tutelar escoria,
inmaterial, mas viva,
me ciega con su aliento
de muerte gris y lívida.

E S T E R A Y O D E L U Z

ESTE rayo de luz,
sol pequeño en la casa,
ilumina colores,
brillos da, aguas claras,
a maderas oscuras,
al cristal, a *mi alma.*
Otras luces recuerda,
otros días, miradas,
avideces de frutas
para siempre acabadas.
A través de su espejo,
veo ayeres, mañanas
armoniosas, ceñidas
a mi paz tan dorada...

Este rayo se quema
en sí mismo, se exhala:
consumiendo sus oros,
suavemente se apaga.

CUANDO DEL OTRO MUNDO

CUANDO del otro mundo
—el de los hombres— llego
a la vacía esfera
en que desvivo y sueño,
y toco el cristal frío
de los muros y el tiempo,
mi corazón intenta
comprender el silencio.

Mi pregunta es un pájaro
que cruza el aire denso:
"¿Estás aquí?" Mas callan
los relojes, el suelo.
Y callan los retratos.

Calla también el eco.
"¿Estás aquí?" Rendida,
mi voz desnace quedo.

Y los ojos se borran
y se borran los gestos,
la sombra conocida...
Como muerte, el silencio
se traga la sonrisa,
la niebla del aliento:
victorioso, responde
con voz yerta, sin eco.

ESPESURAS INMOVILES

ESPESURAS inmóviles
van poblando el vacío.
El espacio se adensa:
va cerrando caminos.
Congelada, tu ausencia
alza bloques en vilo,
masas pone en el aire,
llena huecos dormidos.
Prisionera me quedo
de las moles que has ido
concretando en la sombra.
En su oscuro granito
me sepulta el silencio,
olvidando que vivo.

SÓLO YO MUEVO EL AIRE

SÓLO yo muevo el aire
de la casa vacía.
Sólo mi paso hiende
la gasa gris y fría,
el interior que deja
petrificar la vida,
extraviar su sentido
y quemar la alegría.

Sólo yo cruzo el aire
en que viven mis días:
el cerrado dintorno
que oprime las heridas
y pesa en ojo y frente,

en alma y sangre antigua.
Sólo mi voz traspasa
la niebla detenida.

L A S O L E D A D

LA soledad madura
lentamente en la rama
del tiempo, gravitando
en la carne y el alma.

Como una fruta pétrea,
por el dolor helada,
herida por las aves
y nunca libertada.

Pendiendo sin consuelo,
sin descanso colgada
—arco tenso, la vida—,
sin vibrar, bien clavada.

La soledad madura
sin raíz y sin alas:
se vive a solas, lenta,
amada y desamada.

LA MANO, COMO EN SUEÑOS

LA mano, como en sueños,
repasa los objetos,
los muebles pensativos.
Vahos de polvo lento
y brillos empañados
te borran del recuerdo.
Dulcísima conciencia,
mi mano, el universo
de estas cosas ordena,
las redime del tiempo
y las viste de luz,
mientras salva los gestos
que has dejado dormidos
en el claro silencio.

Las superficies vibran
y tu imagen del sueño
a la vida renace,
sobre vivos y muertos.

RECUERDO LA ALEGRIA

RECUERDO la alegría...
¿Sus pies azules eran?
¿Danzaba como un polen
o luz final de estrellas?

¿Como un vértigo? ¿Fuego?
¿Como brisa primera?
¿Como un dulzor o lluvia
de fresca vida nueva?

Si dorada, en otoño,
¿era un alba serena?
Si de invierno vestida,
¿traspasaba la niebla?

Su recuerdo, impreciso,
a la casa se acerca,
sin color y sin forma,
pero lleno de ausencia.

LOS ESPEJOS ASEDIAN

LOS espejos asedian
el rostro de mi alma,
el perfil de mis días,
las no dichas palabras.

Como conciencias miran
mi vivir en la casa,
las penas que me cercan,
los sueños que me salvan.

Visibles, raudas formas
navegan por las aguas
del quieto mar, sin faro
que guíe mi esperanza.

¿IRREAL EL SILENCIO?

¿IRREAL el silencio?
¿Irreal la palabra?
¿Tu voz, mi voz, han muerto
en un día sin alba?

Mas... suaves resplandores,
densas luces dramáticas,
fulgor de verdes altos,
irrumpen en la casa.

Los blancos ruedan puros.
Arden, hondos, los granas.
No se rinden los negros.
Todos, sin voz, ya cantan.

En el silencio suenan
cual violín, tal un arpa.
Los colores, sinfónicos,
dialogan con mi alma.

A VECES, LOS RECUERDOS

A veces, los recuerdos
—visiones del pasado—,
a veces, experiencias,
casi olvidadas, llegan
con ternura a la casa
y habitan en mis muros.
Un religioso nido
les da mi soledad,
les da mi amor creciente.
Individuales formas
advienen, separadas,
de su mundo, tangibles.
Y nuevas realidades
y nuevas dichas puras

recrean, si reviven.
La maravilla brota
de tanta vida vieja,
de tanta muerte clara,
de todos los olvidos.
Y escenas portentosas
ante mis ojos pasan
y pueblan el espacio
del aire tan vacío.
En frescas sombras nuevas
se expresa el alma antigua.
Se exalta el sentimiento
y nacen, sin palabras,
los seres y las almas,
el color que dormía...
Se desnudan los sienas
de pasadas tristezas
y otoños amarillos
se vuelven en la tarde.
Sin dolor, el violeta
se torna rojo y vibra.
En procesión avanzan
los gestos y los signos,
retroceden, regresan...
Un triángulo de luces

se ha clavado en el suelo.
Simultáneas esferas
coordinan sus orbes.
¡Cuánta tensión cabalga
en la cierva del ansia!
En frenesí los días,
en frenesí las noches,
se encuentran en el alba
con sed de nueva vida.
Los cielos bajan, locos,
a las tranquilas piedras.
Audaces rastros dejan,
constelaciones fijan
en los oscuros fondos.
Las imágenes buscan
su doble o su contrario,
su imagen paralela.
(Voy entrando en el sueño
y soy sueño yo misma.
Absorbida en su espacio,
reasumo los cielos.
En su espacio de gozo,
en su espacio violento,
desesperado o triste.)
Una torre se pone

en movimiento, en giro,
en rotación, en vuelo.
¿La llamo Poesía?
¿Alucinado éxtasis?
Y mis ojos se agrandan
hacia arriba, por verla,
por contener su altura,
su más honda mirada,
en total horizonte.
Mi mano multiplica
sus dedos para asirla:
gigantescos, se alargan
por el aire cobalto
y, entre ellos, los soles
se enredan como frutas.
Pero asirla no saben.
¡Ay!, la boca se ahonda
para crearle un nombre.
¡Torre de Dios! ¡Anhelo!
En espiral, la lengua
prolonga cada sílaba,
la arrolla cual bandera:
libertada, se agita
ya fuera de los labios.
Inicial, la dureza

se resuelve en sonora
vibración. Transparencia
se vuelve el más opaco
sonido de la angustia.
El puro encanto reina.
La pura dicha brilla.
Los carmines en fiesta
traslucen rojos vivos
en donde dos amantes
con dulzura se besan.
Y, después, encendidos,
vuelan altos, más altos,
en sobrenaturales
nupcias de amor y muerte,
más altos y veloces
que la soñada torre.
Vieja torre que he visto
en ciudad muy antigua,
aquí se transfigura
para habitarme el alma.
A veces, los recuerdos
dan su luz a la sombra,
crean vida en la nada.

L A S V E N T A N A S

LAS ventanas sus ojos
hacen girar, revuelven
hacia dentro, hacia arriba,
en dolor, casi ardientes.

Las pupilas tremendas
buscan cierzos y nieves,
buscan gestos perdidos,
buscan manos y sienes.

Al rotar, se dislocan
los cristales dolientes:
crean mundos de espejos
que las formas disuelven.

Ya no existe la vida.
Ya se borra el presente.
Los objetos, sin rostro,
sin perfiles, se mueren.

Yo trasnado las luces
que la sombra no temen.
Voy cruzando los aires
del pasado, sonriente.

Las ventanas no giran
en los muros ausentes.
Yo desvivo partidas
y entresueño que vienes.

SI ENTREABRO LA PUERTA

SI entreabro la puerta
del recuerdo, tú avanzas
como ayer, como siempre,
con un aire de gracia.
Un gran río de luz
los umbrales traspasa,
los rincones enciende
y del miedo me salva.
¡Nadie cierre la puerta
del recuerdo en el alba!
El terso mediodía
sube y sube las gradas
del vivir y ya colma
las vacías estancias.

¡Nadie cierre la puerta
del recuerdo en el alba!
Las olas de la luz
al fin, al fin remansan.
El fluir del ensueño
se revierte en el alma,
lago interior de pena,
lago interior sin calma.
¡Nadie cierre la puerta
del recuerdo en el alba!

¡QUE TODO SE LIBERE!

¡QUE todo se libere
de lo trivial y viva
en otros aires puros,
volando tras los días!
Unos amantes pueden
besarse en una encina,
en una hojuela seca,
en una rama herida.
Pueden cruzar, si quieren,
la blanca llama fría
y arder, detrás de ella,
en luz y sin ceniza.
Pueden quemar la nieve,
volverla tierna dicha,
agua de ruiseñores,

agua azul infinita.
Un gran ramo de nardos
puede ser, si se mira,
bello lecho nupcial
en la hora imprecisa.
El unicornio puede
cornear luz antigua,
sin que sangren sus ojos,
con amor, sin herirla.
Un violín puede, solo,
componer sinfonías
en la boca silente
de una corza sin vida.
Un pez rojo, volando,
en el alba más lívida,
cruzar puede un reloj
y, en pleno mediodía,
llegar ciego a la mar
sin rozar las orillas.
Oquedades de sombra
traslucen ya, trasbrillan.
En la noche serena
lo milagroso habita,
¡Todo, libre, en el sueño,
trasmora una trasvida!

DE MÍ NACEN LAS SENDAS

DE mí nacen las sendas
y de mí los caminos:
a mi centro convergen,
por mirar mi destino.
Salgo fuera de mí,
con mi centro coincido.
Las veredas me llevan,
por paisajes de frío,
a estas sombras de donde
con la luz han partido.
¡Ir y venir de mi alma
a mi alma, sin olvido
de todo lo que soy,
lo que seré y he sido!

El oscuro dintorno
hace girar su anillo:
lumbres distantes llegan
al corazón en vilo,
radios de luz y sombra
del pecho, vivo círculo.
En torno a mí, las sendas
giran en el vacío
de mi yo y de mi sueño.
Camino soy y camino
de mí misma a mí misma,
en solo desvarío.

C O R A

EL gran órgano suena...
Catedrales se vuelven
los espacios vacíos.
Las ventanas se yerguen,
alzando, sí, los ojos
a un mundo inexistente,
a cúpulas en llamas,
al cielo más ardiente.
Las melodías suben
figuraciones leves
a un cenit de júbilos,
a cimas ya sin nieve.
Mas otras voces bajan
dolorosas y exceden

las alegrías puras:
inexorables mueren
los éxtasis, naufragan
las voces inocentes.
Se queja una cadencia,
otra en llanto se enciende.
Se entrecruzan lamentos
con la pena silente:
dialogan en susurro,
se besan suavemente.
Una voz poderosa,
como un rayo, acomete,
en fortissimo, el aire
y en lo alto sostiene
su gran sol de esperanza,
su gran luz en la frente.
El consuelo otras voces
en la nada disuelven:
sombras negras y tristes
a las luces dan muerte.
Nueva voz muy delgada,
con sus brillos, adviene:
contraluces, de nuevo,
iluminan, envuelven,
en pianissimo, el pecho.

Dulce paz transparente
aletea, volando,
pura alondra, en las sienes.
Dulce voz que consuela
frente a otra doliente.
Las fronteras del alma
cruza, en luz trascendente,
la paz final y última,
la paz final que viene
tras un arduo subir
de ansiedades crecientes,
tras sangriento llorar,
sin luz, terrenalmente.
Victoriosa, esta voz
en la altura sostiene
un do mayor del alma,
en luz, celestialmente.

U N L A G O , U N M A R

LA casa puede ser
un lago, un mar, de pronto,
un infinito océano.
Hay que bogar, en corso,
las solitarias aguas
de los silencios hondos.
Las velas hay que alzar
a cielos más remotos
que techos y paredes,
al viento del asombro.
Y, luego, hay que bajar
a submarinos fondos
y ver allí las algas
creciendo en abandono

de peces y miradas
de humanos negros ojos.
Y remontar, después,
mareas altas, oros
de soles sumergidos,
espumas albas, colmos
de blancos y de gracias,
el resplandor gozoso.
Cruzar, aún, ventanas,
en rumbo, lento y solo
al universo en luz.
Hallar, tocar contornos
de días y de noches,
de inviernos y de otoños
que quedan por vivir,
el más allá del gozo.
El sueño y yo navíos
de la esperanza somos:
pájaros que volamos,
por este mar, en corso,
buscando ayeres tuyos,
los gestos de tu rostro,
el aire de tu mano,
tu voz azul, en torno.

A MÁS FULGURACIÓN

REALIDADES difusas,
realidades concretas,
separadas, en masa,
en rotación, me cercan.
Si jóvenes, si antiguas,
se agolpan experiencias
en un instante único:
a más vivir condenan,
a más fulguración,
a más arder sin pena.
En fervor de verdad,
asumen la existencia
y aspiran a más muerte,
a más vida eviterna.

En plenitud, el ser
transvive dicha cierta.
El tiempo, si transcurre,
es sólo en apariencia.

¿EN DÓNDE ESTÁ LA LLAVE?

¿EN dónde está la llave
de mis íntimos ojos,
de mis ojos de dentro,
de mi mirar más hondo?

He olvidado, en el día,
ese lugar sin fondo
en que la guarda el sueño
para darle reposo.

Estas formas que veo
con la luz, estos rostros
interponen sus sombras,
como engaños, en torno.

La mirada exterior
es ceguera sin gozo.
Superficies vacías
son las cosas, contornos.

¿En dónde está la llave
de mis profundos ojos?
¿En qué doblez del tiempo?
¿En cuál aire remoto?

MI ALMA GIRA, INDAGA

MI alma gira, indaga,
lentamente me busca,
en asedio sin fin.
Abre puertas, ventanas,
al cuerpo que se duerme.
Salidas cava, terca,
a sueños del pasado.
¿Ansía el estallido
de la luz en otoño?
¿O cómo formular
lo que aún no se ha dicho?
¿La palabra más nueva
el alma va buscando
para expresar de nuevo

lo hace tiempo vivido,
lo por vivir aún?
Golpea y busca el alma,
en esta roca viva,
el fresco manantial
de las palabras puras.

LOS DÍAS, EN PEDAZOS

LOS días, en pedazos
ya verdes o amarillos,
quizá rojos, azules,
entre estos muros vivo.
¿Hay otros que me esperan
al borde del camino,
erectos, plenos, hondos,
en luz y sombra activos,
cual generosos árboles
de mi total destino?
No sé. El alba pura
es noche, aquí, en vilo.
Los días, fragmentarios,
su unidad han perdido:
trascendencia les dabas
al vivirlos conmigo.

L A P U E R T A

AL cerrarla, separo
febrilmente dos mundos.
El de fuera se aleja.
En el mío me hundo.
Gruesas telas de niebla,
minerales oscuros,
fosos hondos y simas,
crecen dentro, profundos:
amurallan el cuerpo,
encarcelan el júbilo,
fijan goznes y cepos...
Cuando el alma, intramuros,
quiere abrirla en la noche
y escapar sin susurro

a las altas estrellas,
al alto cielo puro,
grave yergue la puerta
el negativo puño,
la mano dura y triste
que separa dos mundos.
El cuerpo sueña, inmóvil,
que los umbrales mudos
ha cruzado sin llave
en un instante único.
Por el cuerpo, mi alma
se evade al fin cual humo.
La puerta, cruel, se alarga
a los confines últimos.

LOS MUERTOS MÍOS VUELVEN

A la casa vacía
los muertos míos vuelven...
Se sientan en las sombras
que crecen de los muebles
y rondan todo el aire
del ayer, del presente.
Sin color, sin presencia
están aquí, descienden
a mi vivir, al llanto
del corazón doliente.
Mi madre, desde el fondo,
desmesurada emerge:
querella con mis lágrimas...
Mi padre cruza leve...

Su callada palabra
abre un hueco silente.
Y mi hermano retorna...
Su alto paso se siente
en la niebla, sin eco,
caminando a su muerte.
Y tú, amor, convocado
por tanta espera, vuelves
y entre mis muertos dejas
tu dulce luz celeste.
Los muertos míos surcan
los umbrales ausentes.
Tu duradero azul
se perpetúa siempre
sobre vivos y muertos:
en las lindes ardientes
de mi cuerpo y mi alma
tu realidad trasciende.

AHORA MISMO, LEJOS

AHORA mismo, lejos,
en los bosques sin sendas,
en los bosques intactos,
voy pisando la tierra.
Huyendo voy de todo
lo vivido y de estas
amargas, crueles sombras
que del pasado llegan:
de todos los recuerdos,
de sangre, de aguas negras.
Y voy vagando sola,
sin soñar, por las piedras,
las raíces oscuras
y las calladas gredas.

Olvido ayer y hoy.
Olvido dicha y pena.

Mirar, pasar, oír...
¿En dónde la tristeza?
Los muros de la vida,
derribados, se alejan...

El silvestre gengibre
su afelpada belleza
en sonrisa que brilla,
verdemente me muestra.
Al pie de un tronco, lirios
encienden sus estrellas
doradas, sus topacios,
en la anciana corteza.
Otras flores sin nombre
elevan su pureza
azul o blanca, rosa,
en umbrías secretas:
erigen su luz suave
en barrancos de niebla.
Sus espirales dulces
los helechos, en lenta
progresión, desenrollan.
La genciana azulenca

de pétalos crinados
y cáliz que es de cera,
al pie del arce rojo,
a los aires se entrega.
Fabulosas orquídeas
ocultan verdes gemas
—¡ranitas que han saltado
del charco a la ribera!

Un susurro suavísimo...
Un rumor en ausencia...
¿Es la nieve al fundirse?
¿Es la hojita que empieza
a brotar tiernamente?
¿Es la ígnea libélula
al posarse en la rama?
¿El nacer de violetas,
de hongos blancos y rubios,
de corolas esbeltas,
de extrañas flores verdes?
¿El petirrojo besa
azules huevos suyos?
¿En un nido de hierba
pájaros, luces, flores,
felices se despiertan?

Huyendo voy de mí,
de sombras que me acechan
el corazón, los ojos,
en la casa desierta.

U N I M I S M A D O S , S O L O S

UNIMISMADOS, solos,
otros seres, conmigo,
sobreviven, trasviven
el pasado, cautivos:
alegrías, tristezas,
desamores, cariños,
arrebatos, perdones,
días rojos, olvidos...
¡Pozo el alma, salobre!
¡Pozo amargo y sombrío
en que se ahoga el agua
de la vida, sin brillo!
Otros pozos, más lejos,
arden secos, extintos,

insaciados y solos.
¿El amor? Consumido.
Solitarias cisternas,
tristes, cegados ríos,
sin cielo azul, sin alba,
azogues sin destino,
espejos rotos, negros,
penitente vacío...
¡Hay que abrir galerías
de pozo a pozo! ¡El mismo
dolor que horade, puro,
las torres de granito
—bastiones de tristeza—
en que todos vivimos!
¡Comunicados pozos,
unánimes destinos,
sean las almas solas,
y plenitud de estío!
¡Corredores, barandas,
unan pozos esquivos,
unan casas, destierros,
deshabitados quicios!
¡Unimismados, todos,
alegres de estar vivos!

INSERVIBLE, MI CUERPO

INSERVIBLE, mi cuerpo
en esta primavera.
Como el árbol colmado
que día a día espera
la mano cariñosa,
el ave, rara estrella,
el soñado prodigio
de las flores primeras,
y en soledad se afana,
irguiéndose en la arena
a más amor del aire,
a más luz y pureza,
y consigue tan sólo
dolor y más tristeza,

más y más desvarío
y más y más ausencia,
más heridas del viento,
más rigor de la pena.
¡Todo él viva savia,
puro ardor que atormenta,
en deseo de todo
lo que nunca le llega!
Como el árbol colmado,
en esta primavera,
inservible, mi cuerpo
desvive lo que sueña.

SI AL SILENCIO LLEGARAS

SI al silencio llegaras,
dulce Dios, dulcemente
y pusieras tu dedo
en mis labios, muy leve,
o, corazón adentro
—¡la vida desfallece!—,
tocaras ese aire
que la pena consiente
y allí dejaras, honda,
la paz, la suave nieve
de la serenidad...
Si besaras mi frente...
Si allí el dolorido
sentir trocaras... ¡Fuerte

soledad, Dios, almena
dame, torre valiente
contra rayos y vientos,
contra ausencias y muertes!
Si la dicha brillara,
oh buen Dios, sol ardiente,
en el fondo del alma,
al llegar dulcemente
tu voz dulce a la casa
en que siempre te pierdes...

EL ORDEN DE LA CASA

EL orden de la casa
aspira a tu desorden
de vida y de miradas,
de dulce estar presente.
¡Soñar con la esperanza
de ser y sólo ser
sin rigor y sin calma!
¡Abandonarse ya
a la diaria batalla
del día con la noche,
de la paz con la llama!
Y disparar las formas
tan perfectas y altas:
hacerlas desvariar

en un auge de espadas.
El orden de la casa
se rompe... Se derraman
las chispas que te anuncian,
las horas que te llaman.
Los muebles desordenan
su rigidez helada
y el aire pierde luces
que lo demás te gana.
Desordenando sueños,
te espero bajo el alba.

EL REVÉS DEL ESPEJO

EL revés del espejo
nos abre galerías
de las que nadie vuelve...
Entré, allí, dormida...
Al despertar, miraba
lo que a su nada iba:
coronas de tristeza,
suspiros, lentos días,
palabras olvidadas,
voces, luces heridas,
besos puros y lágrimas...
Quise asir tanta vida,
tanta suave dulzura,
tanto dolor y dicha,

tanta belleza, gestos,
miradas y sonrisas...
Llegué a la galería
final, por ver si el ansia
era red, en la huída
a la amarga tiniebla,
que salvase los días
de aquellas realidades
que al más allá se iban...
¡Inútil ansiedad!
¡Todo allí se perdía!
La cisterna de sombra
se tragaba la vida.
El revés del espejo
cerró su galería.
Salí llorando... ¡Nadie
del más allá volvía!

¿ENGAÑO AL TIEMPO ASÍ?

Así se van las horas engañando.
Garcilaso, *Elegía II.*

EN el vivir sencillo
—comer, regar la salvia,
beber, mirar al cielo
después de abrir ventanas,
leer, leer poemas,
escribir dulces cartas,
desempolvar espejos
y avivar la esperanza—
engaño yo a los días,
engaño yo a mi alma,
aguardando que vuelvas
con el nacer del alba.
¡Tantos actos sencillos!
¡Tanto soñar en llamas!

¡Tanto ir y venir!
¡Tanta espera sin calma!
¿Engaño al tiempo así?
¿O las horas me engañan?
¿El tiempo se consume?
¿O quemo yo mis ansias?
En el vivir sencillo
la pena se disfraza
con un aire de vida
que anuncia tu llegada.

ERRANDO, CIEGA, EL ALMA

ERRANDO, ciega, el alma
en estos libros vive...
En estas blancas páginas
dibuja tu recuerdo,
precisa tus miradas,
desvela lo que piensas,
escucha tus palabras...
El aire del olvido
desnace. Sin mudanza,
en estos libros yerra
tu sombra azul, salvada.
Los ojos entreleen
tu nombre, lo rescatan
de tantas letras muertas,

de tantas líneas pálidas:
emerge como luz
que da su luz al alma.
Ciega o no ciega está,
mas siempre enamorada.

EL ALIMENTO ES TRISTE

EL alimento es triste,
dolorosa materia,
amor, día tras día,
en la callada espera
de la silente casa.
Las naranjas tan bellas
son mundos de dulzor
que hasta la boca niega.
Sabe a ceniza el agua.
El pan dorado pesa
como roca o montaña.
y hasta la angustia quema
la leve miel tan áurea,
la leve miel de abeja.
El alimento es muerte
de cada día, lenta.

JUNTO A MÍ, TAN HUMANOS

(A Silver, a Pepper.)

ESTOS dos animales,
junto a mí, tan humanos,
dulcemente me miran
con calor, sin engaño,
y acariciaban mis penas
con su vivir callado,
con su quietud, sin ansia,
con suavidad, sin daño.
En gris y negro dejan
su compañía, al lado.
En tierna recompensa
me dan su amor probado,
su paz, y me consuelan
de tanto desengaño,

de tanta ausencia y muerte,
de tanto sueño amargo.
No ven pasar el tiempo
ni el tiempo que ha pasado.
Me salvan de mí misma
con sólo estar al lado.

OTRAS CASAS, EN TORNO

OTRAS casas, en torno,
abrigan otras vidas,
acaso soledades
como ésta, aquí, tan mía.
Mas sé que hay techos rojos
que dan su amor a niñas
de trenzas rubias, suaves;
que dan sólo alegría
a felices parejas
recientemente unidas;
que dan calor a viejos
de apagada sonrisa,
a mujeres tan grises,
sin sol, como yo misma...

Otras casas, en torno,
me acompañan, me miran
en actitudes dulces,
verdes, blancas, amigas.

EL UNICORNIO, TRISTE

EL unicornio, triste,
en el tapiz ya preso,
acepta, sí, los límites
de su prisión. Las flores
le dan amor, le sirven,
tan bellas, de paisaje.
En paz, quizá, él vive.
Y yo, encarcelada,
comprendo lo que dice:
"Si quemas tus ensueños
y nada al tiempo pides,
libertarás el alma
y al fin serás tú libre."
El unicornio mira

mi corazón tan triste.
Y sabe ya que acepto
de mi prisión los límites.

ESA LENGUA EXTRANJERA

ESA lengua extranjera
me separa, doliente,
de la tierra, del hombre,
de otras almas ardientes.
¡Cercas, muros alzados
entre bocas y frentes,
entre pechos y manos!
¡Cepos crueles, presentes!
En las calles, erguidas,
las barreras se sienten.
Cruzan quicios de casas...
En la mía ¡qué ausente
el corazón del mundo!
Los aires no lo entienden.

Los pájaros se callan.
Nada dice la nieve.
Las palabras de amor,
indevueltas, se mueren.

¡CUÁNTA PAZ EN TU FRENTE!

¡CUÁNTA paz en tu frente
y en tu pecho callado!
Miras lejos, sin verte,
dulcemente sentado,
sin ver que te contemplo
con ojos levantados
a tu serenidad
sin flaqueza ni daño.
¡Qué suave envidia crece
de todo mi cuidado,
de la inquietud que reina
en todo mi pasado,
en todo mi presente,
en mis futuros años!

Parece que olvidaras
lo por vivir, dejado
por el ansia vivida
ayer y hoy. Parado
has la rueda del tiempo.
Oh buen Buda, olvidados,
ni el bien ni el mal existen.
¡Sin mancha, el gran espacio!
En el alma, tu gesto
pone paz y descanso;
en los ojos, abismos
por Dios recién creados.

EN ESTA SOLEDAD

EN esta soledad,
Madrid, tus viejos árboles,
tu río que no es río,
el aire de tu aire,
la mole del palacio,
de su cristal se salen...
Yo entro en la arboleda...
Quisiera consolarme
bajo tantas acacias,
el cielo azul y el aire.
Las leves aguas miro,
este tomillo... Nadie
—¡ni un gorrión siquiera!—
se asoma al gran paisaje.

Sola yo, frente al río.
Sola yo, frente al aire.
Si dentro del grabado,
si en la casa distante,
bajo aquel árbol viejo,
bajo la luz llameante...
La soledad, sin ti,
me espera en todas partes.

CON TU MIRADA LLEGAS

CON tu mirada llegas
más allá de mis ojos,
más allá de mis penas,
oh Caballero triste.
Imagen, sueño, puerta
a otros días... Sombra
me siento en la cadena
de tus ayeres idos.
Remonto sangres viejas...
Voy llegando a tu siglo...
En Toledo se encuentra
tu mirar con el mío...
Mi ansiedad se refrena
al ver tu espada viva

y el ardor que se quema
alucinadamente
en tus ojos y venas,
en tu mano callada,
en tu pecho sin queja.
Yo regreso a la casa...
La mirada te encuentra
en el cuadro sin fondo,
actual y sin ausencia.

SOLARES FLORES ARDEN

SOLARES flores arden
en hoguera de vida.
No pintadas, se huelen.
En relieve, se miran.
El jarrón, en la mano,
redondez, curva viva,
deja ahora si toco.
Realidad, compañía,
un recuerdo del campo...
¡Me dan luz y alegría,
un lugar para el ojo!
¿Para el alma? En la fría
soledad de la casa,
vivo fuego me envían,

en preludio del gozo
—¡realidad de la dicha!—
que viviré si vienes
a repoblar mis días.

LAS OTRAS SOLEDADES

EL tumulto del mundo,
de tanto niño el hambre,
la prisión de los jóvenes,
el rigor, tantos males
que hieren vida y alma,
la muerte, enfermedades,
silenciosos golpean
a mi puerta... Les abre
mi corazón dolido,
mi gran piedad, sin llave.
El dolor, en torrentes,
mi soledad invade,
colma huecos y muros...
Desde dentro a la calle

vuelve a salir, reentra
con más dolor que antes.
Deshabitada estaba
la casa. El denso aire
ahora lo han poblado
—quizá para salvarse—
otras penas y llantos:
las otras soledades
de otros seres tan tristes
o, como yo, amantes.
Mis penas con las otras
maduran en la tarde
y, al fin, transfiguradas,
se tornan luz distante.

EL CORAZON ENTREDORADO

UN ALTO MIRADOR ME DAN TUS OJOS

UN alto mirador me dan tus ojos,
asomados a un aire transparente
y a nubes que se escapan de este mundo,
si dorados, si malvas, casi verdes.

Hacia arriba, laderas y montañas,
soles puros, paisajes, nieblas leves.
Hacia abajo, remotas, criaturas
disueltas en la luz que no las teme.

Tus barandas, pestañas, lunas altas,
claras noches lejanas y presentes,
antiguas melodías que renacen

al evadir los bordes de la muerte.
Arrobos, en tus naves, de distancias...
Y el alma de tus lejos nunca vuelve.

V E R T E , V E R T E

ABRIR, cerrar los ojos. Verte, verte,
dentro y fuera del iris, del espejo
que te ofrece mi amor día tras día.

Si fuera, tú te mueves en un viento
de primeriza luz, de luz ardiente.

Te mueves en un aire —si estás dentro—
en que lejanos pájaros sonríen
y dibujan con trinos tu silencio.

Abrir, cerrar los ojos. Verte, verte,
dentro y fuera de todos los recuerdos.

TUS OJOS SON PAÍSES

TUS ojos son países en que vive
mi realidad, mi sueño, mi nostalgia.
Son mundos que confinan en el punto
en que trasnacen, vivas, las dos almas.

Los hondos horizontes que rodean
tus cielos y tus mares, abren claras
superficies, azul profundidad,
en donde mi dolor, final, se salva.

Los seres y las cosas, como sombras
de nubes, van y vienen, pasan, pasan,
no llegan a fijarse en la gran órbita.

El tiempo, alrededor, fluyendo, canta.
Tus ojos y mis ojos luz piadosa
previven y premueren en su nada.

ATARDECER EN EL LAGO

LA niebla, como un velo, transparenta
la delicada forma de los árboles,
el suavísimo límite del agua,
los dulces resplandores del follaje.

El empañado espejo su otro mundo
encubre en sus honduras y lo cela
a los ojos del alma, soñadores:
el secreto del lago no se entrega.

El imposible ensueño que me vive,
como un velo, también, detrás del aire,
hacia dentro se oculta y allí queda.

Yo no sé si en el agua se trasluce
ese rostro que nada por mi sangre.
Sólo sé que la niebla es mi tristeza.

(Lago de Wellesley College, Massachusetts.)

P A S E O

EL hielo finge espuma en esta orilla,
soñando no ser orla del invierno.
El alma se contempla cara al viento
y siéntese inocente en su alegría.

En su alegría cierta, dulce suena
el hondo pecho, dentro, solitario:
leve música exhala, como un pájaro
que da su trino al aire y a la tierra.

A la tierra el amor da su semilla
(este amor que me vive en carne y alma).
¡Oh flor azul, mañana, merecida!

Merecida piedad entre la hierba
y entre el soplo del aire, como un ala
que acaricia mi ser y lo serena.

(West River, Edgewood Park, New Haven, Connecticut.)

HOY ME LLAMAN LOS OROS

HOY me llaman los oros.
Hoy me guían los pájaros.
La roja hierba pone
su grito en la mirada.

(¿El corazón? Ardiendo,
adentro, resignado.)

Remisos amarillos,
en languidez, se esfuman.
Un sollozar granate,
de pronto, los anima.

(La memoria contempla,
hacia atrás, viejos bosques.)

Y llamean los púrpuras.
Y los sienas se doran.
El esplendor del fuego
en los ojos rebrilla.

(El amor, en las venas,
a la luz se transfiere.)

Sobrevive algún verde
en los pinos profundos,
en un mirto salvado
de la ígnea inclemencia.

(Aquel recuerdo dulce
traspónese, en el aire.)

Algún rubí revibra:
consagra en sí los fuegos
salvados del verano.
Crepita el gran incendio.

(Su soledad el alma
calienta en este día.)

La tierra el oro cubre
y, a veces, hojas álgidas.

La música dorada
susurra su alegría.

(En el hondor del pecho
se quema la nostalgia.)

Una ceniza áurea
vaga en el aire, flota,
y su caricia entra,
lentamente, en el alma.

(El dolor de la ausencia
se suaviza en la tarde.)

Todo el paisaje es cuadro.
La veneciana gama
es rito del otoño
que se alza de estos bosques.

(Otras soñadas fábulas
se asoman a mis ojos.)

Hay árboles que ansían
florecer y dar fruto
en un único instante:
estallar en el viento.

(Las primaveras idas
refulgen en la sangre.)

Y ciertos grises tristes
preludian el invierno,
desnudos, desvalidos,
en la vibrante hoguera.

(El corazón encubre
su llaga melancólica.
Los pájaros se alejan
hacia el Sur con mi alma.).

(Bosques de New England, Estados Unidos, en un día de otoño.)

LA MANO DE MI ALMA

LA mano de mi alma te saluda
desde lejos, amor, detrás del viento.
¿No la ves en las hojas y las aves
que se acercan a ti, en desconsuelo?

Y mis ojos te siguen, te abren sendas,
te miran, al pasar, desde los árboles.
¿El respirar no sientes de mi pena?
¿No has oído llorar detrás del aire?

¿Es soñado vivir? ¿O es el recuerdo
más claro que el presente, sin pasado?
¿O es el dulce camino que me trazas
de tu luz a mi sombra, sin engaño?

M A R A B A J O

EN el mármol del agua vi grabado
con espuma tu nombre, fugazmente.
Un relámpago azul... Después el viento,
la blanca desnudez de tantas olas.

Mis ojos lo buscaron diez mañanas
en el rostro del mar, en la violencia
de sus gestos airados y en la suave
mansedumbre total de ciertas horas.

El gran dedo de Dios —¡oh terco sueño!—
bellas nubes trazaba en la distancia,
albas crestas, delfines, vivos pájaros...
No inscribía tu nombre porque huías.

Y tu imagen bogaba, sin yo verla,
en la barca del ansia, mar abajo.
Mar abajo, buscando mi recuerdo,
la sombra de mis pasos, mar abajo.

Los paisajes flotaban a tu lado,
profundos, submarinos, derivando
hacia un confín del mundo donde pueden
las almas y los nombres reunirse.

EN EL CENTRO DEL MAR

EN el centro del mar y tan vacía
de todo pensamiento que no sea
sentirme una oquedad. El viento llega
y pasa por el alma a la deriva.

Sin dejar tu mensaje al mediodía.
Sin poner tu palabra en esta espera.
Sin tocarme de gracia. Sólo quedan
rumores y rumores de cenizas.

Sólo un vértigo, amor, del fondo sube:
algo sube de allí para inquietarme,
afilando su voz como un cuchillo,

alzándome su garra o su relumbre.
¡Acaso eres tú que naufragaste,
por seguirme hasta aquí, en desvarío?

L A I S L A

EL negro mar la cerca. Nubes rojas
su puro cielo azul asedian, temen.
Si de aire —¿de tierra?—, ¡tan dorada!,
nuestra isla amurállase en lo leve.

Fortalezas, los sueños, invencibles,
se yerguen frente al mar que los combate.
Y pájaros, las penas y alegrías,
van y vienen del cielo a nuestros árboles.

Mas que isla, es esfera ilusionada
en donde fulge un sol no de este mundo,
una rosa de luz que nunca hiere.

Al tiempo desafía, hoy, mañana,
rodando por el viento ya sin nudos,
sin lluvia, en libertad, y ya sin nieve.

LA PALOMA DEL TIEMPO

LA paloma del tiempo se detiene
en la rama del beso. Luego, vuela
al trasfondo del mundo, de la vida.
Las horas son los orbes que no vuelven.

Tu mirada regresa de una nieve
que extravió su pasado y su tristeza.
Un rojo sol rebrilla, exacto centro
de la esfera de amor en que te mueves.

Yo giro sobre mí, pero sin verme.
Me contemplo hacia atrás. No veo sombras
—mediodía del ser, cenit sin nubes—,
disuelta ya en la luz en que me envuelves.

VA QUEMANDO LA VIDA SU ORO ÚLTIMO

VA quemando la vida su oro último,
en final resplandor, esa hermosura
de haberte amado ayer con ojos puros,
de estar amando hoy tu luz profunda.

El corazón, constante, se entredora
de penas y alegrías: el otoño
acaricia el amor con llamas rojas,
con dorado fulgor de ígneos gozos.

Entre bosques y cielos, vida y muerte,
el agridulce amor —colmada fruta—
resbala, pende, brilla, duele, canta.

Los hondos zumos álgidos se vierten
en el diario vivir que se consuma:
el corazón redora lo que ama.

TRES SONETOS DE AMOR Y PENA

¿ES DE AMOR ESTA PENA?

ES de amor esta pena o es la vida
que se teme vivir o se querella
con la sangre del musgo, con la estrella
que alumbra al corazón en su caída?

¿Es de amor esta pena, pues su herida
no se cubre de flores, no se sella
con viento ni paisaje? Sola ella
quiere arder en su fuego consumida.

¿Es de amor y de amor la mansedumbre
o el lento sollozar de lenta arcilla
que clama sin saber lo que pretende?

¿Es de amor esta pena o viva lumbre
de mis huesos? La pena que me humilla,
que me exalta, ¿es de amor, si amor enciende?

D O R A D A S H O J A S

DORADAS hojas, pájaros errantes,
los musicales álamos nos miran.
¡El amor en otoño! ¿No deliran
las vivas sinrazones llameantes?

¿Son primavera aún y son de antes
los aires que nos unen, que suspiran,
los aires que ya hierven, que se aíran,
ardores desvelando en los amantes?

¡Primavera en otoño, amor nacido
debajo del estío aún en llamas,
encima del invierno clausurado!

¡Primavera feliz nos has cedido,
Señor, creciente luz también derramas
en nuestro corazón entredorado!

UNA MANO DE TIERRA

UNA mano de tierra o de vacío,
de vida o muerte dura me persigue.
El amor que se asoma no consigue
burlar de aquella ausencia el guante frío.

¿Es tormento y humano desvarío
que muerde o lame, perro que me sigue
las venas sonriendo? ¡No castigue
su risa, su pisada, el sueño mío!

Mas sus ojos sin ojos, mi desierto,
las raíces que tengo en agonía,
el rosal de mi anhelo amurallado,

traspasan con fulgor de otoño muerto.
Esa mano... ese can... esa sombría
nada va, viene, ronda mi cercado.

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria 7

LA CASA DESHABITADA

La casa deshabitada 11
Invisibles, tus pasos 13
Doloroso, el domingo 14
Un trasaire de ti 16
Te has sentado en la sombra 17
Las gentes llegan, sordas 18
El pan 19
Herida por la luz 20
A veces, viene el miedo 22
Huraño, gris, el tiempo 24
Este rayo de luz 25
Cuando del otro mundo 27
Espesuras inmóviles 29
Sólo yo muevo el aire 30
La soledad 32
La mano, como en sueños 34

30

Págs.

Recuerdo la alegría 36
Los espejos asedian 38
¿Irreal el silencio? 39
A veces, los recuerdos 41
Las ventanas 46
Si entreabro la puerta 48
¡Que todo se libere! 50
De mí nacen las sendas 52
Coral 54
Un lago, un mar 57
A más fulguración 59
¿En dónde está la llave? 61
Mi alma gira, indaga 63
Los días, en pedazos 65
La puerta 66
Los muertos míos vuelven 68
Ahora mismo, lejos 70
Unimismados, solos 74
Inservible, mi cuerpo 76
Si al silencio llegaras 78
El orden de la casa 80
El revés del espejo 82
¿Engaño al tiempo así? 84
Errando, ciega, el alma 86
El alimento es triste 88
Junto a mí, tan humanos 89
Otras casas, en torno 91
El unicornio, triste 93

Págs.

Esa lengua extranjera 95
¡Cuánta paz en tu frente! 97
En esta soledad 99
Con tu mirada llegas 101
Solares flores arden 103
Las otras soledades 105

EL CORAZON ENTREDORADO

Un alto mirador me dan tus ojos 109
Verte, verte 111
Tus ojos son países 112
Atardecer en el lago 114
Paseo 116
Hoy me llaman los oros 118
La mano de mi alma 122
Mar abajo 123
En el centro del mar 125
La isla 127
La paloma del tiempo 129
Va quemando la vida su oro último 130

TRES SONETOS DE AMOR Y PENA

¿Es de amor esta pena? 135
Doradas hojas 137
Una mano de tierra 139

OBRAS DE CONCHA ZARDOYA

POESIA

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, "Adonais", XXVII, 1946.
Dominio del llanto (Accésit del Premio "Adonais" 1947). Madrid, "Adonais", XLI, 1947.
La hermosura sencilla. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1953.
Los signos (Accésit del Premio "Ifach" 1952). Alicante, Colección Ifach, XV, 1954.
El desterrado ensueño. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1955.
Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Angel). Madrid, Insula, 1957.

CUENTOS

(Con el seudónimo "Concha de Salamanca".)

Cuentos del antiguo Nilo. Las dos tierras de Hapi. Madrid, M. Aguilar, 1944.
Historias y leyendas españolas. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.
Historias y leyendas de Ultramar. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.

BIOGRAFIA, CRITICA E HISTORIA LITERARIA

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y Obra. Bibliografía. Antología. New York, Hispanic Institute in the Unites States, 1955.
Historia de la Literatura Norteamericana (1607-1950). Barcelona, Editorial Labor, 1956.

TRADUCCIONES Y EDICIONES DE CLASICOS

Walt Whitman: *Cantando a la Primavera* (traducción y prólogo). Madrid, "Adonais", XV, 1954.
Walt Whitman: *Obras escogidas* (Ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía). Madrid, M. Aguilar, 1946; segunda edición, Madrid, M. Aguilar, 1955.
Charles Morgan: *Imágenes en un espejo,* II. Barcelona, José Janés, 1949.
Gil Vicente: *Teatro y poesía* (Prólogo, notas y vocabulario). Madrid, M. Aguilar, 1946.
Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana* (Prólogo y notas). Madrid, M. Aguilar, 1946.

EN PRENSA

Debajo de la luz (Premio "Boscán" 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos.

EN PREPARACION

Poesía española contemporánea (Estudios temáticos y estilísticos).

ESTE LIBRO «LA CASA DESHABITADA», PUBLICADO POR LAS EDICIONES «ÍNSULA», SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE SILVERIO AGUIRRE TORRE, EN MADRID, EL DÍA 6 DE ABRIL DE 1959

Este nuevo libro de Concha Zardoya nos muestra aún más lograda una expresión lírica, que la ha colocado entre las voces más puras de la poesía actual. Desde su primer libro, *Pájaros del Nuevo Mundo,* en 1946, hasta *Debajo de la luz,* que obtuvo el Premio Boscán en 1955, y *Mirar al cielo es tu condena,* publicado recientemente por INSULA, el continuo quehacer poético de Concha Zardoya ha ido sublimando su decir.

LA CASA DESHABITADA es también un libro de amor y la manifestación de una poesía limpia, auténtica y honda, parangonable por su sinceridad.

70 Ptas.